

A quienes trae la noche

Elevar el propio pensamiento hasta el nivel del enojo (el enojo provocado por toda la violencia que hay en el mundo, esa violencia a la que nos negamos a estar condenados). Elevar el propio enojo hasta el nivel de una tarea (la tarea de denunciar esa violencia con toda la calma y la inteligencia que sean posibles).

Georges Didi-Huberman

A la noche, cuando oscurece, la imagen se hace presente. La oscuridad, el lugar privilegiado para los espectros, habilita el encuentro, la aparición. Lo que aparece no es el fantasma – *¿acaso no es la fantasmagoría aquello relampaguea como entidad indefinida, como forma de la que se intuyen sus contornos?*– sino un rostro particular que punza y nos exige una correspondencia.

Gabriel Orge (Bell Ville, 1967) trae en esta muestra los tres primeros años de su proyecto *Apareciendo*, una serie de acciones e intervenciones fotográficas sobre el paisaje natural y urbano. La fuente de luz –trastienda del procedimiento– permanece fuera de cuadro, los rostros se nos presentan aquí como una emanación del paisaje, es lo que la superficie iluminada devuelve al gesto de la proyección, adquiriendo volumen, forma y un nuevo sentido a partir de este montaje. El paisaje natural es el lugar para que esto suceda y no se trata de cualquier escenario: pueblos originarios sobre tierras ancestrales, los desaparecidos de Mansión Seré sobre la araucaria del predio, las jóvenes francesas sobre la vegetación de San Lorenzo, los mineros fusilados sobre el desierto de Atacama. La imagen proyectada de Jorge Julio López sobre el río Citalamochita que encontramos en sala 10 es la excepción: aquí el paisaje tiene un vínculo biográfico con los escenarios de la infancia de Orge en Bell Ville, donde esta vez el río no es el Río de la Plata –repertorio representacional recurrente para referir a la desaparición durante el terrorismo de estado– si no el río de la llanura cordobesa, donde Orge aprendió a nadar.

Además de una acción estético política de intervención fotográfica, *Apareciendo* es también un acto performático de la memoria colectiva, un dispositivo que mediante la aparición proyectada de imágenes propone la constitución de vínculos y comunidades. Estas acciones urgentes, de intervención pública, constituyen otro tipo de diálogo con transeúntes y espectadores ocasionales. Ya no estamos ante la naturaleza anónima sino ante cientos de cámaras en teléfonos celulares, que diseminan y circulan, comparten y replican aquellas acciones propuestas por Gabriel. En la sala 7 podemos encontrarnos con las reverberancias de estos gestos, los rebotes inesperados que cada acción posee.

En su conjunto, los rostros y paisajes aquí montados nos hablan de una cartografía particular, latinoamericana, que constela hechos de violencia política en diferentes latitudes. Este elemento común que cose una escena con otra es la digna rabia que –como nos propone Didi-Huberman– eleva el entendimiento y la emoción a una urgente y necesaria tarea de denuncia. Porque aquello que aparece es aquello que nunca debería –en tanto proclama política– haber desaparecido, y que –en tanto fantasmagoría– no puede desaparecer: una presencia que no se puede ni se podrá hacer desaparecer, porque insistirá siempre en volver.

Agustina Triquell
Buenos Aires, marzo de 2018